

A QUEMARRR PA



www.semananegra.org



GIJÓN, 10 de julio de 2019 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA MUNDIAL • ÉPOCA XXXII • GRATUITO • Nº 6

MULTITUDES



Ayer, en la Carpa de la Palabra...

Por Alberto Arce

El martes nos sentamos todos en clase de nuevo a reflexionar sobre el pasado y sus luchas. Pocas actividades más sanas. Porque en tiempos turbulentos corresponde que hasta la Semana Negra, su Aula, se ponga seria y nos recuerde que en cuanto encendemos la tele y nos encontramos a los fascistas llamando *fascistas* a quienes defienden los derechos humanos más básicos, vivimos en un estado de derecho informado por una serie de valores aceptados por el común, no en la dictadura del que levante la voz más burra o se invente la mentira más neolingüística en la obra de teatro más patética.

Transgresoras, espacio del feminismo socialista, del feminismo de **Rosa Luxemburgo**, se sentó a la mesa con la claridad asertiva, pertinente y necesaria que nace de recordar a una de las madres de sus batallas, una rosa roja que por decir la verdad murió ejecutada como mueren casi todas las verdades y quienes mantienen sus testigos. **Maria José Capellín** no analizó ni intelectualizó. Describió hechos. Tan firme fue el ejemplo de vida de quien decidió recordar, que no era necesaria mayor pretensión que la didáctica.

Nacida en Polonia a finales del siglo XIX, Rosa Luxemburgo militó desde la fuente de la conciencia, desde una juventud que no se permitió tierna, ante la causa de todas y la necesidad de lideresas que asumiesen una erección abandonada. Viajó a Suiza para estudiar en la única universidad que aceptaba mujeres como alumnas. A los diecisiete años, ya marxista revolucionaria y con once idiomas cargados en la estructura mental, la filosofía, la política, el derecho y casi todo lo estudiado pasaron por su análisis. Fundó periódicos, partidos, ligas y mantuvo una peculiar relación emocional y revolucionaria con **Leo**, su compañero. Una relación apasionada, tormentosa y atormentada, de igualdad intelectual, de lucha conjunta —hasta el último día y unos cuantos después— y también de dependencia afectiva y económica que tanto muestra incluso en el caso de las más aguerridas luchadoras. Nunca llegarían a vivir juntos, Leo y Rosa, por mutuo acuerdo. Creyeron que había algo más grande. Ella fue la revolucionaria, él optó por la organización. Lo que no oscurece que quiso, también, hablar de sentimientos: se quejaba de soledad, buscaba una vida relativamente normal dentro de la vorágine. Le costó vivirla si alguna vez llegó a lograrla. Peleó, en algunas de los cientos, miles de cartas que escribió a la persona a la que quiso, por vivir y negociar una cuota de amor y felicidad que fuera compatible con el deber. Planteó un debate interesante para las mujeres que hoy siguen peleando por que el sistema permita compatibilizar lo personal y lo político, reivindicar lo personal como político, armonizar el compromiso entre felicidad pública y privada. Él no lo vio claro. Priorizó la causa. Ella tuvo que justificar los gastos con los que él corría. Acabó mostrando entonces la ansiedad que tantas veces se achaca a las cosas de mujeres; la locura que se atribuye a lo femenino.

Tras su etapa formativa en varios países de Europa, para llegar a Alema-



nia y poder así lanzar la revolución, tuvo que gestionar un matrimonio de conveniencia y comenzó a dar los pasos necesarios para avanzar en la revolución, tratando al mismo tiempo de que el movimiento obrero hiciera todo lo posible para evitar una guerra que sería la primera mundial. Cuando Rosa encontró trabajos asalariados que hubieran garantizado su independencia, a Leo no le pareció correcto que ella dejara de depender económicamente de él. Por la causa, claro. Quien podría dudarlo. Aun después de romper como pareja, siguieron coincidiendo en la pelea emancipatoria mientras Rosa desarrolló una relación con un hombre más joven del que siempre sospechó que amaba a la heroína más que a la mujer y en quien nunca halló la complicidad de su relación previa. La muerte de esa segunda pareja en la guerra, la detención de sus camaradas y la guerra contra la que luchó siempre artillaron una capacidad de sufrimiento inmensa. «Porque dio la verdad a los pobres, los ricos la mataron», dijo de ella **Bertolt Brecht**. El legado esencial de Rosa Luxemburgo, el que debería vivir impreso en la genética de la izquierda y no está, es su apoyo crítico a la revolución rusa. Su convicción de que en todo momento y lugar la libertad es la libertad de quienes piensan diferente. Es su lección más necesaria en estos tiempos en los que tanto se niega la diferencia. Nos dejó también el concepto de *acompañamiento*. Aunque no estuvo de acuerdo, por ejemplo, con el lanzamiento de la revolución espartaquista, si los trabajadores estaban en huelga, Rosa tenía que estar con ellos. Pura coherencia. Pura solidaridad. En aquella revuelta que consideró error fue detenida, desaparecida, machacada a culatazos. Aseginada. Su primer compañero, Leo, logró sobrevivir (no mucho tiempo) y dedicar todas sus fuerzas a desentrañar lo sucedido. Investigó, localizó y denunció. Publicó cuando publicar significaba ser detenido, torturado y asesinado. Va por Leo.

La revolución fue un hecho histórico. Posible. Tangible. La encarnación de

un sueño, de un mundo más justo por construir. El legado de Rosa Luxemburgo, resumió Capellín, fue éste: «El orden reina en Berlín. Esbirros estúpidos, vuestro orden se edifica sobre la arena. La revolución se levantará un día y dirá "yo fui, yo soy, yo seré"».

Ya subidos a la ola de una superheroína, **Ignacio Fernández Sarasola** profundiza. En «Los superhéroes y el derecho» nos abre las páginas de cómic. En canal. Asumiendo el disparate físico del que parten trabajos como el de Superman, pasamos a la siguiente etapa. El disparate social. La conculcación del pulso a la justicia sobre la que se sientan sus supuestas hazañas. En una historia de superhéroes es fácil identificar al villano. Pero el derecho, ¡ay! el derecho. Tan infractores son los primeros como los segundos.



Veamos. ¿Qué pasa con el *procés* catalán? El referéndum era claramente ilegal, pero los independentistas esgrimen que la legitimidad existe. ¿En qué se oponen ambos términos? La saga de los vengadores Civil War surge como metáfora de acontecimientos reales: el derribo de las Torres Gemelas que llevó a la aprobación de una ley patriótica que significa mayor capacidad de intervención a las autoridades y menor libertad civil (el FBI puede acceder a los libros que ha leído una persona en una biblioteca, entidades bancarias deben poner en conocimiento de todos los movimientos bancarios o toda actividad universitaria de un sospechoso). Un grupo de superhéroes jóvenes trata de detener a un villano y ese sujeto es capaz de hacerse explotar sin sufrir daño. Pero devastando. Es acorralado, se explota, mata a los superhéroes y acaba con un pueblo entero. Acto seguido, el cómic obliga a los superhéroes a revelar su identidad ante el Estado, deben ponerse a las órdenes del poder y pasar por una instrucción previa y reglada para ser aceptados como superhéroes. Mientras Ironman acepta la legalidad, el Capitán América se escuda en la legitimidad. Los superhéroes se dividen en dos frentes. Ironman opta por el derecho positivo del Estado, una ley aprobada por el legislativo, y el Capitán América opta por el derecho natural. Que valores como justicia, libertad, igualdad están por encima del trabajo leguleyo. «Me importa un bledo la ley, hay valores por encima de la ley y son los únicos a los que me someto». Buf. Esos principios de derecho natural con los que podemos estar de acuerdo mirando con el telescopio comienzan a tambalearse cuando les aplicamos el microscopio e invitamos al relativismo. Entre el derecho natural y el derecho y el derecho positivo, sólo es derecho el positivo. Entre legalidad y legitimidad, sólo podemos funcionar en torno a principios claros, preexistentes y de universal cumplimiento. Superar el derecho con relativismo nos lleva a arbitrariedades. Y la arbitrariedad vulnera cualquier igualdad posible.

¿Qué es el derecho? ¿Es un conjunto de normas que regula la sociedad? Sí. Pero no sólo. ¿No son eso también los Diez Mandamientos? ¿Qué diferencia hay entre las normas jurídicas y las normas que no son derecho? La sanción. Si se incumple una norma religiosa, podemos ir al infierno, pero si incumplimos una ley, existe una coacción real. Al que no paga una multa se le embarga hoy, no en la vida eterna. ¿Es eso una muestra de autoritarismo? No, no lo es. Son reglas. ¿Qué prefiere un ladrón? ¿Que lo pille *in fraganti* un superhéroe o un policía? ¿Prefieres que te pille Wolverine y te rasgue la piel con sus uñas o que el policía te lleve ante el juez? ¿Es ciencia-ficción? Piensen, por ejemplo, en el caso fácil: todo aquel lugar en el que los narcotraficantes tienen más poder que el propio Estado. Cuando existe. Como si eso fuera real. Por ejemplo en... la lista es amplia. ¿Necesitan que se la escriba? Y de ahí hacia la complejidad. Si mato a un ser inmortal, ¿es homicidio? Una vez entendido que los superhéroes no hacen caso a nada más que su propia voluntad, el Estado no puede frenarlos y sus acciones son imprevisibles e inabarcables, conformémonos con nuestros jueces y diputados y dejemos de soñar con Ironman. Por nuestro propio bien. Compren el libro. Lean cómics. Entenderán mejor lo que sucedió el día del orgullo *gay* en Madrid. O no. Pero podrán montar tertulias con más y mejores ejemplos de sus argumentos.

Todo esto sólo para llegar, como resulta evidente, a **Una incierta historia de la verdad**, la versión derecho-natural de un libro nuevo que es el mismo libro de siempre de **Xuan Bello**. Una fórmula de variaciones sobre el mismo tema, relaciones y obsesiones personales con una parte de Asturias y una infancia campesina, de sabiduría ancestral, en la que pretende englobar la biblioteca de Alejandría desde Paniceiros. Hay que ser detectivesco o andarín de *caleyes* para seguirles las referencias a algunos escritores. A aquellos que te sueltan una metáfora deslumbrante cada cuatro líneas. La novela de las gafas de sol como género asturiano de exportación en estos tiempos de turismo rural. Una novela que no se lee como una novela. Que sólo se abre y se salta en dosis pequeñas, que acompañan siempre ¿Es eso adictivo? ¿Es eso sano? Dijo Xuan Bello que hay un hilo secreto que une todas las cosas. Que esa receta sobrevive escondida, como los días en un calendario sin fechas. Que en Asturias falta una de las cuatro estaciones y debe ser ese el enfoque con el que acercarse a su obra, vano empeño en búsqueda de vivir en la literatura, en una vida más alta.

Pie a tierra. Mirada constante, presencia confiable, acompañamiento permanente. ¿Oyen ese rumor que atraviesa Gijón? Es el eco de los aplausos a Mar de Niebla, sinónimo del Gijón que ha sobrevivido a pie de calle, sin faltar un día, contra el asedio, a los ocho años de mediocridad y confusión que hemos sufrido. Dijo **Héctor Colunga** que ante una sociedad que invisibiliza el sufrimiento alguien tiene que poner la luz. En este caso se trató del Arte de calle de **Nando Salvador**. Rosa Luxemburgo no murió. Se mudó a La Calzada.

ASOCIACIÓN SEMANA NEGRA

Presidenta: **Susana Quirós**

Director del Comité Organizador: **José Luis Paraja**

A QUEMARROPA

Edición y diseño gráfico: **Ángel de la Calle**

Dirección: **Pablo Batalla Cueto**

Preimpresión: **Morilla Fotocomposición**
Imprenta: **Imprenta Mercantil**

Redacción: **Jesús Palacios**

Alberto Arce

Miguel Ángel Fernández

Michel Suárez

Fotografía: **José Luis Morilla**

NEGRA Y MORAL

Un tipo pusilánime, que sobrevive a un divorcio mal llevado, con dos hijos a los que intenta convencer de que es un padre guay, con un jefe amargavidas, con un sueldo que no llega a fin de mes y a quien sólo los táperes maternos resuelven parcialmente la intención, pero a quien las expectativas de cambio llaman a la puerta cuando acepta participar en un negocio lucrativo capaz de satisfacer fantasías eróticas que nunca imaginó. Tal es la premisa de *El edén de las manitas de cerdo*, de **Enrique Pérez Balsa**, una de las dos novelas que se presentaron ayer a las 18:30 al alimón en la Carpa del Encuentro. De ella se alabó ayer su capacidad para mezclar a un **Eduardo Mendoza**, un **Tom Sharpe** y un **Bukowski** —su «humor guarrete»— y el mensaje feminista: «La mujer va a dominar el mundo», expresó el autor, que también explicó el propósito del curioso título escogido, tomado del de una carnicería que aparece en *Por amor a Isabelle*, de **Chester Himes**, un autor al que Pérez Balsa sigue y admira especialmente. «Me gustó la dualidad entre el edén como algo bonito y glorioso y el despiece de un animal, que creo que resume bien la condición humana», explicó.

Fue *Una voz en la noche* de **Salvador Robles Mira** la otra novela

presentada ayer: el asesinato de un matrimonio de ancianos para robarles las riquezas que guardaban en su casa por alguien cercano que puede ser Narciso —un tipo arrogante, consciente de su atractivo, de buena posición, subdirector de banco, movido por la codicia, cuyos grandes vicios son las mujeres y la cocaína, y que necesita mucho dinero para mantenerlos—, pero no hay pruebas contra él.

Ambas obras han sido publicadas por MAR Editores, cuyo fundador, **Miguel Ángel Rus**, fue el encargado de conducir la doble presentación, du-

rante la cual se hicieron reflexiones interesantes sobre la labor literaria, y particularmente sobre la novela negra. Así, dijo disentir Robles de cierta idea que le escuchó en una ocasión a un prestigioso autor invitado a la Semana Negra —es la quinta vez que viene a Gijón— de que «en novela negra no se pueda escribir sobre la moralidad. La novela negra es epítome de la moral, porque si hablas de un asesinato o de un atraco, tienes que hablar también de por qué el atracador atraca o el asesino asesina, y eso es hacer reflexión moral». También compartió este escri-

tor con el público la digresión de que «uno nunca puede escribir sobre un personaje más inteligente que él. El límite de la inteligencia de los personajes sobre los que uno escribe es la inteligencia propia, y el sentido del humor también. Uno puede ser un codicioso y escribir sobre una persona generosa, y puede ser un hombre que no se ha comido una rosca y escribir sobre otro que sea poco menos que Casanova, pero jamás podrá describir a un personaje más inteligente que él». Para Robles, esta novela, igual que la anterior, ha sido una pequeña aventura:

si en sus tres primeros libros el protagonista era el inspector Telmo Corrales, en estas otras dos la personaje principal es su ayudante, Cecilia Fresneda. «Se me ocurrió que le cogiera el relevo para afrontar el reto de ver la realidad con ojos femeninos. Escribir es aprender sobre ti mismo, bucear en tus recuerdos, trasladarlos al papel y volverlos a vivir, pero también aprender sobre lo que no sabes. Yo me pregunté si sería capaz de encarnarme en una mujer y que resulte verosímil», explicó el autor.

Se preguntó a los dos autores por su relación con la Semana Negra y sus sensaciones con respecto al festival, que Pérez Balsa visitaba por primera vez, y Robles Mira por quinta, lo que hacía interesantes ambas opiniones, la del primerizo y la del veterano. Robles contó una anécdota de hace varias ediciones: la de una madre que tenía a sus hijos montados en unos caballitos pero que, atraída por la presentación de Robles de entonces, acabó llevando a los críos y al marido a la Carpa del Encuentro y comprando un libro que Robles le firmó. Pérez Balsa, por su parte, expresó su convicción de que «esto de estar leyendo un libro y comiéndote un chorizo me parece la mejor idea del mundo». A fe nuestra que lo es.



¡GASPAR VIVE, LA LUCHA SIGUE!

Dijo ayer **Norman Fernández** que «en la Semana Negra no debería ser necesario explicar quién fue **Gaspar García Laviana**». No debería serlo en ningún sitio, pero el caso es que lo es, y fue con ese propósito —explicar al cura guerrillero asturiano que murió en 1978 en Nicaragua, combatiendo en la guerrilla sandinista— que los Comités de Solidaridad con América Latina acudieron al historietista **Ruma Barbero** para que elaborase un tebeo de 28 páginas que condensara —tarea difícil— la biografía de Gaspar a fin de conmemorar el cuadragésimo aniversario de su caída en combate. El tebeo se repartió ayer, gratuitamente y hasta agotar existencias, en la Carpa del Encuentro, pero antes fue presentado por Fernández, Barbero y **Javier Arjona**, de COSAL. Arjona habló al respetable de «una figura emblemática de la solidaridad, de las fraternidades, de aquella gente que se fue a otros lugares y se comprometió de tal manera que dio la vida en defensa de las libertades». Es difícil —reflexionó— explicar a los jóvenes de hoy aquella solidaridad llevada al extremo. Ya casi nadie camina hoy por «la senda trazada por Gaspar»; ya casi nadie es capaz de comprometerse con los pueblos «humildes y pequeñitos» agredidos por el imperialismo. Son otros los tiempos.



COSAL acudió a Barbero porque conocía sus alabados trabajos sobre algunas temáticas relacionadas con la que ahora se trataba de abordar. Así, en 2012 había publicado *La Chelita. El Salvador 1992*, una novela gráfica elaborada a partir de las vivencias y testimonios de cooperantes internacionales y veteranos de la guerrilla salvadoreña. Y en otros trabajos había puesto el cómic al servicio de la recuperación de la memoria histórica asturiana y española. «Gaspar juntaba toda la temática que a mí me gustaba trabajar: la guerrilla, la memoria, Centroamérica...», explicó ayer. El cómic se titula *Gaspar a tiempo completu* y tiene origen en una canción de **Luis Enrique Mejías Godoy**: «Un buen día nos llegó/ a tiempo completo Gaspar/ de Asturias el misionero/ que araba sobre el mar».

Habló también Barbero de su proceso de documentación, fundamentado principalmente en un libro titulado *Gaspar vive* y escrito por **Manuel Rodríguez García**, un religioso cercano al propio Gaspar y que en ese libro relata de primera mano los pormenores de la evolución ideológica y vital del cura asturiano desde sus primeros compromisos sociales hasta, tras darse cuenta de que no está haciendo sino «arar en el mar», acabar integrándose en la guerrilla. Lo más difícil —contó Barbero— fue condensar las 560 páginas de la obra de Rodríguez en sólo 28, pudiendo ofrecerse tan sólo un puñado de «pequeñas pinceladas». También decidió qué hacer con la parte humana del mito; con algunas debilidades que el ser humano que era Gaspar también tenía y con la parte «gocha» («cerda», en asturiano) de la guerrilla, caso de los fusilamientos de disidentes. Optaron por no reflejar esa parte por una razón: «No podíamos poner esa parte si no la explicábamos bien, lo que hubiera requerido por lo menos cuatro páginas, y no podíamos permitirnoslo». De cualquier modo, queriendo, pese a todo, reflejar al Gaspar humano, sí que decidieron incluir determinadas anécdotas de un Gaspar a veces impulsivo y poco racional, como cuando, asaltando un cuartel de la Guardia Nacional, se equivocó de muro y arrojó una granada sobre un gallinero.

Barbero no descarta elaborar en el futuro una novela gráfica propiamente dicha sobre Gaspar a fin de resarcirse de esa hercúlea labor de resumen que las apreturas de las 28 páginas encargadas le obligaron a acometer. Si es así, no duden de que la presentaremos en la novela negra.

Novísimos

En cierta ocasión, hará unos quince años, en la Facultad de Periodismo de la Universidad Complutense de Madrid, se presentaba un autor consagrado de novela negra; y entre el público, uno de los alumnos allí presentes, hoy un periodista también prestigioso, le lanzó la siguiente pregunta a bocajarro: a la historia de la novela negra, una historia jalonada por nombres como los de los **Chandler**, **Hammett**, **Thompson**, etcétera, ¿qué tiene usted que aportar de nuevo? **Alejandro M. Gallo** —que fue quien contó al público la anécdota— no dio nombres, pero asegura que no tiene ningún problema en desvelar qué escritor y qué periodista protagonizaron aquella escena. Si le ven por la Semana Negra, no duden en preguntarle.

Venía la anécdota a cuento de ilustrar la pregunta que, convertida en una mesa redonda, cerró ayer la jornada en la Carpa del Encuentro: ¿son nuevas las propuestas de los escritores recién llegados al género negro? Participaron en ella **Jordi Dausà**, **Óscar Montoya**, **Raquel Gámez** —¡no Gómez!— **Serrano** y **Marc Moreno**. Y las respuestas que se dieron fueron variadas. Así, para Gámez y Moreno se trata sobre todo de una mezcla de clasicismo e innovación, consistente en adaptar las fórmulas clásicas a la sociedad actual. «Chandler, Hammett, etcétera, iluminaron las partes oscuras de su sociedad, el Estados Unidos de los años cuarenta, pero la sociedad ha cambiado, y ahora nos toca a nosotros hacer lo mismo con nuestra sociedad», ejemplificó Gámez; y Moreno puso un ejemplo aún más concreto de cómo puede no abandonarse las fórmulas clásicas y, a la vez, no resultar repetitivo con respecto a modelos ya muy manidos: «Figuras clásicas de la novela negra como la de la *femme fatale*, hoy resultan problemáticas, pero hoy podemos readaptar esa figura despojándola de los elementos machistas que antiguamente tenía». Y hay

muchas más maneras de innovar. Montoya, por ejemplo, intenta «transformar las épocas en un personaje más de mis novelas» y también combatir el hecho de que «en la era de lo políticamente correcto hay también un ámbito de lo políticamente correcto en la novela negra».

Se habló ayer también de las diferencias entre la novela policíaca y la negra, y hubo consenso en señalar como la más interesante la negra, atenta a las zonas oscuras de la sociedad y crítica con sus monstruos en lugar de preocupada de ensalzar asépticamente el trabajo de los cuerpos de seguridad además de habitualmente más compleja que la policíaca, desenvuelta casi siempre en fórmulas muy manidas. El más rotundo fue **Marc Moreno**: «Yo soy talibán de la novela negra», dijo.

Se habló además de la gastronomía y su papel en las tramas y también del rol de los escenarios, que llegan a ser muchas veces un personaje más. Así lo procura, por ejemplo, **Jordi Dausà**, que da una importancia «máxima» a la elección de un escenario sólo en el cual puedan suceder los eventos que quiere contar. **Raquel Gámez** puso un ejemplo al respecto: la posibilidad, explorada por ella, de una trama desenvuelta a la vez en una ciudad y en el campo y en la que la claustrofobia y la endogamia de determinada vida rural, contrastada con la agilidad de la vida urbana, determina el desarrollo de la trama. Gámez dijo documentarse siempre mucho para sus novelas en ese sentido, pero de una manera peculiar: así, por ejemplo, no visitó una cárcel, pudiendo haberlo hecho, para una de sus novelas a fin de que su visión de esa cárcel concreta no condicionara su escritura, pero sí entrevistó a numerosos presos de segundo grado y trabajadores de las prisiones de tal modo de tener material con el que construir su ficción.

Una cosa quedó clara: en la novela negra hay relevo, y lo hay buenísimo.

Consideraciones sentimentales sobre los libros

MICHEL S...

En cierta ocasión me deparé en una librería de viejo con los doce volúmenes de *La Comédie Humaine* de Balzac publicados por Gallimard en su colección de *La Pléiade*. En cuanto los vi, el corazón se me desbocó y tuve dos certezas: que no estaban a mi alcance y que acabarían en mi biblioteca. Así pues, me aboné a la bancarrota, metí al genio francés en el zurrón y me fui con una sonrisa de oreja a oreja. Ya en la calle, exultante por mi adquisición, me topé con una amiga con quien compartí de inmediato el motivo de mi dicha. Sin embargo, en lugar de una felicitación o unas palabras amables por mi hallazgo, de su boca no salieron más que los latiguillos habituales: «¿Los vas a leer todos?»; «¿Dónde los vas a meter?»; «¡Pero si pesan muchísimo!»; «Ya verás cuando tengas que limpiarlos...»; «¿Cuánto dices que te costaron?».

Sin tiempo para digerir la reprimenda, apenas puede balbucear algunas respuestas preparadas para estos casos, le endosé mi favorita: «Verás, **Voltaire** pensaba que los libros son como los amigos, a unos los frecuentamos en determinadas fases de la vida y de otros nos distanciamos durante un tiempo para re- encontrarlos más adelante; pero están siempre ahí, disponibles». En cuanto a las observaciones del peso y del polvo, creo que ni siquiera a Voltaire se le ocurriría algo ingenioso que objetar.

Poco tiempo después, le comenté a una profesora universitaria, de letras para más inri, que tener a Balzac en casa me había hecho un hombre más feliz. Pero hete aquí que, para mi sorpresa, mi interlocutora comenzó a despotricar contra el fetichismo de acumular libros y me echó un rapapolvo por no haber abandonado aún el papel. Por si fuera poco, cuando supo que había pagado mucho más de lo que tenía no se anduvo por las ramas para hacerme saber que no estaba en mis cabales.

Era el segundo disgusto en pocos días, pero, a pesar de todo, no me di por vencido y volví a jactarme de mi descubrimiento con una muchacha a quien por aquél entonces daba clases particulares. Esta vez, infeliz de mí, además del habitual batiburrillo de lugares comunes contra el atesoramiento de libros, se me reprochó mi lamentable condición de pasadista: «¿Pero todavía compras libros cuando puedes bajarlos de Internet y leerlos en un e-book?». Acto seguido, mi alumna pasó a enumerarme todas las ventajas del libro electrónico, que en lo esencial, se reducen a la posibilidad de poder almacenar decenas de miles de libros en un soporte ligero y manejable. De este modo, prosiguió, podría transportar en la bolsa sin mayores problemas a Balzac o, ya puestos, a **Proust**, **Faulkner** o **Joyce** y leerlos en la playa, en el campo, en el metro... Y no sólo un libro en concreto, sino las obras completas de todos y cada uno de los autores que deseara. Resignado, repliqué que ya no existe nada remotamente parecido al campo y que, después del metro, la playa es el lugar menos indicado para la lectura. Y concluí, no sin cierta altivez, que mi gusto por el masoquismo no llegaba hasta el punto de leer, pongamos por caso, la *Fenomenología del espíritu* de **Hegel** en una pantalla. Como era de prever, mis argumentos no surtieron el menor efecto en mi alumna, una nativa digital.

Durante un tiempo seguí dándole vueltas a las respuestas de mis amigas hasta que me percaté de que las tres tenían una cosa en común: no eran lectoras en absoluto. Todas me aconsejaron vivamente deshacerme de los libros y pasarme a la electricidad, pero en ningún momento hicieron mención a la maravillosa obra de Balzac. Además, no sólo compartían la carencia de pasión lectora: dejaron igualmente claro que tampoco sentían el menor cariño por el libro como objeto.

Pensando en las reacciones que había provocado mi menospreciado botín tuve el sentimiento de pertenecer a una estirpe de lectores que los siglos venideros contemplarán con cierta perplejidad. En una civilización tan trepidante como la nuestra, el baile de soportes ha llegado a contar más que el contenido, lo que a menudo nos hace pasar por alto que el soporte no sólo configura la forma de leer: también crea una atmósfera. Los que nos resistimos a doblar la cerviz

ante las pantallas continuamos anclados a una manera de penetrar en la lectura que gravita en torno al libro impreso, una práctica que, según dicen, corre el riesgo de pasar de moda. Esta opinión está teñida, a mi juicio, por una luz engañosa. Después volveré sobre ello.

Sucedió que algunos años después, durante el transcurso de una mudanza interoceánica, mi adorada *Comedia Humana* se extravió para siempre, me temo, sumiéndome en una profunda melancolía. De paso, también me quedé sin otros ejemplares por los que sentía un enorme cariño, como la *Nouvelle galerie de femmes célèbres, tirée des Causeries du lundi, des Portraits littéraires de Sainte-Beuve*, publicado por los **hermanos Garnier** en 1882. Difícilmente se recupera uno de estas pérdidas. Pasé muchas horas en vela pensando en el destino de mis libros. Aún a día de hoy no logré recordarlos sin una cierta congoja y sufro esta privación como una herida abierta. Los echo de menos de una manera que no puede comprender quien ve en los libros almacenes de polvo y devoradores de espacio.

Como todos los placeres, el de los libros resulta inexplicable. Completamente ajenas a su espíritu, mis amigas insinuaron que defenderlos era aferrarse a una causa perdida. La tecnología ha puesto a nuestro alcance soportes superiores y es una simple cuestión de tiempo que los lectores bailen al son que marca la innovación. No obstante, este es el tipo de entusiasmo que precede a la credulidad más absoluta. Credulidad en relación a qué, se preguntarán: pues en relación al Progreso, naturalmente. En nombre de este mito que destruye sin cesar cuanto se interpone en su camino, ¿podría yo encerrar sin cargos de conciencia al dandi de provincias Lucien de Rubempré tras una pantalla? ¿Me entiende usted, comprensivo lector?

Desde la consolidación de una modernidad basada en la innovación tecnológica, la organización empresarial y la ingeniería social, el cambio sistemático ha hecho de la inestabilidad una especie de normalidad. No se lamenta lo que se echa a perder; por el contrario, se celebra como una oportunidad para alcanzar estadios superiores de desarrollo. La historia del libro no ha sido ajena a esta dinámica. La primera gran transformación se dio entre los siglos II y III, cuando los *volumina* o pergaminos dieron paso a los códices, cruciales para la propagación del cristianismo. Mientras los *volumina* eran rollos de papel desplegados, los códices remitían al formato del libro de páginas sucesivas tal como lo entendemos hoy en día.

A pesar de los inmensos cambios acontecidos en la civilización desde entonces, el libro apenas sufrió alteraciones hasta la revolución digital. Sin entrar en mayores detalles sobre la naturaleza y profundidad de las transformaciones registradas en las últimas décadas, es fácil comprobar la voluntad contemporánea por evaporar y condensar en una *nube* todo lo que un día fue material. Según nos dicen los promotores de la realidad sin papel, el mundo padece de sobrepeso y la solución está en el éter digital.

En realidad, no es cierto, ya que nunca se ha impreso tanto como ahora, pero si nos centramos en el libro electrónico y en su pretensión de evaporar la dimensión física del libro, hay algunas cosas que decir. Uno de los argumentos favoritos de los valedores del e-book es el de la extraordinaria precisión a la hora de efectuar una búsqueda en el cuerpo del libro, algo que, sin duda, es innegable. En los círculos académicos y de investigación esta capacidad resulta muy atractiva, puesto que la localización casi instantánea de una palabra o de un asunto permite economizar un tiempo considerable. Otra cuestión es la de determinar si para un lector corriente, no dedicado a la pesquisa, esta supuesta ventaja agrega algún valor a la lectura. Economizar, ahorrar tiempo, agilizar, pertenecen al vocabulario de los negocios, no al del buen lector, que difícilmente se deja seducir por cursos de *lectura rápida*. Resulta muy ilustrativo comprobar cómo los panegíricos a favor de la digitalización del libro proceden del ámbito universitario y del mundo de la empresa, dos caras de la misma moneda.

Admitido un supuesto ahorro en tiempo y dinero, y dando por sentado que el libro electrónico carece de los inconvenientes del papel (espacio, plagas, suciedad, transporte, etcétera), comienzan a surgir los problemas sobre su pretendida superioridad. El más evidente es que los soportes digitales envejecen a una velocidad infinitamente superior que los vegetales. Quienes aún guarden en un polvoriento desván una caja con cintas de video VHS o BETA sabrán perfectamente a qué me refiero. Su contenido se perderá irremediablemente a no ser que se haya tenido la prudencia de conservar los reproductores de la época, lo que convertiría las casas en cacharrerías, o se paguen sumas considerables para recuperarlo.

Inmersos en un carrusel vertiginoso de comercialización y obsolescencia, los soportes lanzados en los últimos cuarenta años poseían una vida útil tan efímera que nos hemos visto obligados a adaptarnos en varias ocasiones a las exigencias de la innovación. Este tiovivo de cambios ha tenido consecuencias profundas sobre nuestros modos de vida; las exigencias tecnológicas prescriben nuevas formas de percepción y de uso que nos obligan a modificar la forma en la que consumimos, nos relacionamos y aprendemos. En el momento en que nos acostumbramos a un soporte surgen los rumores sobre nuevos avances. Cuando a principios de los años ochenta los jefes del grupo **Sony** le informaron a **Herbert von Karajan** de que el futuro tendría formato de CD, el megalómano director austriaco se apresuró a grabar de nuevo su inmenso repertorio. Por aquel entonces, el disco óptico parecía definitivo. Es la ley del progreso: toda tecnología debe, por necesidad, imponerse y relegar a la existente; y el último soporte es, como pensaba **Vinicius de Moraes** del amor, eterno mientras dura.

Otra peculiaridad del e-book es que sin electricidad no hay libro. El enchufe es tan crucial como el aparato. Esta falta de autonomía no es lo único que lo diferencia del papel. En los últimos años, la emigración de los originales lectores como Kindle hacia las tabletas con conexión a Internet ha afectado gravemente la venta de los e-books sin acceso. La conectividad es un asunto tan trascendente que, de hecho, amenaza la propia condición del lector. A nadie se le escapa que la lectura se ancla en la atención y la aplicación. Ahora bien, ¿es posible mantener la atención cuando un sinfín de alertas sonoras y visuales se abalanzan sobre nuestros apabullados sentidos?

Claro que esas alertas también nos perturban cuando sujetamos un ejemplar impreso en la mano; pero, a diferencia del libro electrónico, no se generan en el mismo dispositivo. Esa simultaneidad resulta letal para la atención, puesto que impide sumergirse en el imprescindible tiempo sedoso del buen lector. Cuando se apalotan las llamadas, se disparan los avisos, se acumulan los mensajes; cuando nos invaden los anuncios, el entorno cambia y, con él, la lectura. La *Mujer leyendo* de **Fragonard** y un ingeniero informático con el rostro iluminado por su e-book en el *Google bus* son dos animales muy distintos.

Y hablando del gigante tecnológico, hace unos años sus dos fundadores, **Larry Page** y **Sergey Brin**, decididos a meter las narices en todo lo divino y lo humano, emprendieron la tarea de escanear la práctica totalidad de los libros existentes (!) con la intención de crear una *Res Publica* de las Letras digital. Acostumbrados a campar a sus anchas por los dominios del monopolio comercial que denominan de forma irrisoria *mercado*, no repararon en que muchos de los libros estaban protegidos por los derechos de autor y la tentativa se saldó con una querrela por parte de editores y autores. Este revés ha aplazado el proyecto de los dos ególatras americanos de disponibilizar, previo pago, una biblioteca universal al alcance de un clic y que acabará con los desagradables inconvenientes de los libros reales: no ocupará espacio ni contaminará visualmente, no será preciso limpiarla y podremos transportarla en nuestra tableta.

Sin embargo, este ambicioso propósito ha ocultado el destino de muchos de los libros antiguos sometidos al proceso de digitalización. Con el entusiasta apoyo de muchos bibliotecarios obcecados por la fal-

ta de espacio, se procedió a la destrucción sistemática de los originales una vez escaneados. **Patricia Battin**, exbibliotecaria de la Universidad de Columbia y una de las cabecillas del asalto al papel, resumía así su punto de vista: «El libro es una tecnología maravillosa, pero es también un formato molesto para su difusión y un formato cada vez más frágil para su almacenamiento en esta era de telecomunicaciones rápidas».

Las estadísticas han avalado a los organizadores de este aquelarre de antiguallas condenadas a arder en el fuego tecnológico. Hace veinte años, apunta **Robert Darnton**, «la Biblioteca Pública de Nueva York declaró diez millones de visitas mensuales a su sistema informatizado, mientras el préstamo no superaba los cincuenta mil ejemplares». En consecuencia, si los usuarios se han vuelto digitales, ¿para qué dilapidar auténticas fortunas en preservar estos refugios de polillas que ya no son objetos de veneración y entusiasmo para casi nadie?



mentales de un fetichista

ros y el papel

UÁREZ

Lo que subyace en el fondo del asunto es una estúpida repulsa por todo lo que el mundo digital ha dejado atrás, pero, sobre todo, el negocio. Page y Brin no tienen el menor interés por la cultura en un sentido amplio, pero han estado atentos a los enormes beneficios que les podría reportar el control exclusivo de una biblioteca universal digital cuya aspiración es acabar con las bibliotecas. Darnton ha resumido el fondo del asunto: «Cuando contemplan las bibliotecas no ven tempos del saber. Ven activos económicos en potencial, lo que llamamos *contenido*, listos para ser explotados. Construidos a lo largo de los siglos a un coste inmenso de dinero y trabajo, los acerbos de las bibliotecas pueden ser digitalizados en masa a un coste relativamente bajo, millones de dólares, sin duda, pero es poco comparado con la inversión que reciben. Las bibliotecas existen para promover el bien público: *el estímulo del saber*, la educación

abierto a todos. Las empresas existen para generar beneficios a sus accionistas».

Por haberlos sufrido en carne propia, conozco bien todos y cada uno de los inconvenientes de los libros impresos. Sé perfectamente que una biblioteca razonablemente surtida exige un mimo extraordinario y una vigilancia permanente para mantenerla a salvo del polvo, la luz, la humedad, el agua, las plagas de insectos, los roedores y las temperaturas superiores a veinticinco grados. En caso de mudanza, las cosas se ponen serias, cunde el pánico, es difícil pegar ojo. Si todo sale bien y la biblioteca llega íntegra, es necesario disponer de una gran destreza para rehacer el orden secreto que le confería un sentido únicamente accesible a su propietario.

El fuego es otra constante amenaza para los libros, que sucumben con frecuencia a su poder destructor. A finales de 1996, un incendio en su casa de México consumió gran parte de la biblioteca de **Octavio Paz**. Con pesar, el escritor declaró: «Algunos de los libros los heredé de mi abuelo. También había pinturas y objetos que recibí como regalos durante muchos años, por toda una vida». La causa: un cortocircuito en un aparato de televisión, un ídolo intocable del progreso. Medio siglo antes, en 1947, **Huxley** había publicado *Si mi biblioteca ardiera esta noche*, un breve ensayo donde perfilaba un orden prelativo de compra en caso de que su biblioteca fuese pasto de las llamas. No fue aquella noche, sino una de mayo de 1961 cuando el destino le dio la oportunidad de seguir sus propios consejos: ese fatídico día el fuego devoró sus libros en su residencia de California.

Pero si hablamos de los enemigos del papel, ninguno es tan temible como el hombre. En *Historia universal de la destrucción de libros*, **Fernando Báez** ha elaborado una crónica escalofriante del impulso a entregar los libros en holocausto. La embriaguez de arrojar a la hoguera la memoria de los enemigos, de los diferentes, de los chivos expiatorios, es un clásico que testifica a favor de la imbecilidad humana.

En todo caso, a pesar de las tentaciones pirómanas, los peligros acechantes y las sombrías profecías sobre su futuro, el libro impreso ha superado con solvencia la prueba del tiempo. Junto a la piedra, las tablillas y las bases de madera utilizadas por chinos y coreanos desde el siglo XI, se ha revelado como el soporte más fiable y duradero. Sin duda es más plástico, dúctil y manejable que cualquier otro, y su flexibilidad y autonomía permiten la lectura en entornos sin electricidad. Desmintiendo los dramáticos vaticinios sobre el *hecho químico* del papel, los libros continúan ahí, sin descomponerse.

A esta altura, amigo lector, exclamará usted con cierta malicia: «¡Ah, un fetichista!». Pues bien, no puedo negarlo. Pero me gustaría exponer algunas de las razones de un fetichismo que bebe de la fuente de la pasión y la sensualidad. No se trata simplemente de postrarse ante un ídolo de papel. Es algo mucho más complejo, sentimental, incluso. Mis libros me recuerdan donde estuve tal día, en qué ciudad, por qué motivo, en qué librería lo compré; con esa ayuda no me resulta difícil movilizar la memoria para ligar la adquisición de un libro con algún aspecto concreto de mi vida, con alguna persona, con algún viaje. Todo está en esa fecha y en esa ciudad. Los bibliófilos pondrán el grito en el cielo al enterarse de mi costumbre: los libros, lo sé, no se anotan. Pero esta herejía forma parte de mi celoso fetichismo, de la voluntad de *hacerlos míos*, imprimirles una identidad reconocible e integrarlos en un espacio personal.

Debo confesar que este fetichismo enraiza también en la desesperanza por lo que extingue, por aquello que perdemos irremediablemente. Nuestro siglo ha confiado a las máquinas labores que hasta no hace mucho requerían un saber hacer transmitido de generación en generación. Celebramos cada proeza de la tecnología sin percatarnos de que ese triunfo de la razón aplicada exige desprendernos de un precioso patrimonio artesanal.

Conforme a la lógica de la máquina, cada avance debe suponer una pérdida en el otro extremo de la cadena del optimismo tecnológico. Son las leyes del pragmatismo. «¡Oh, dulce fantasía! Dejádla en libertad. ¡La utilidad todo lo destruye!», dicen los versos de **Keats**. ¿Y qué destruye la utilidad en el caso de los libros?

Mucho me temo que tendremos que despedirnos, en primer lugar, de algunos oficios artesanos que realizaban y daban lustre al libro. Pienso, por ejemplo, en los encuadernadores. ¡Ah, esos remaches metálicos de los encuadernadores medievales! ¡Esos austeros exteriores de la época de la Revolución francesa! Me pregunto qué beneficio se puede obtener de reemplazar un ejemplar bellamente encuadernado por manos expertas por un cacharro insípido y estandarizado. ¿A cambio de qué hemos renunciado a la exuberancia de estos artesanos que conferían una extraordinaria originalidad al libro? ¿Habrán alguien que acuda a un encuadernador para revestir su tableta?

En un ejercicio de insensibilidad que me resulta insoportable, los celebradores del fin del libro han despreciado su cuerpo, su olor, su plasticidad, su tacto. Esta indiferencia frente a la naturaleza sensorial de los objetos constituye la victoria de un pragmatismo militante que debería ponernos en guardia.

En segundo lugar, junto a los libros impresos entran en crisis espacios que le eran propios. Pocos imaginan ya el paraíso como una especie de biblioteca como **Borges**, pero menos aún son los que se imaginan el infierno como un lugar sin librerías de viejo. En los últimos tiempos las he visto languidecer con enorme tristeza. Los nuevos hábitos lectores, el comercio electrónico y un desinterés creciente por el libro como artefacto cultural han ido acorralando a estos lugares donde no sólo se compra, sino que también se conversa. Tiendo a creer que la suerte de las librerías está estrechamente relacionada con la decadencia de esa vieja costumbre de conversar. ¿Se han percatado ustedes de lo poco que se conversa en nuestros digitales días?

Por fortuna, las librerías, envueltas en la misma dinámica que amenaza el comercio de barrio, aún no han hincado la rodilla. Muchas se han visto obligadas a integrarse en el gigantesco mercado global que les ofrecía Internet para poder sobrevivir. En contrapartida, han desaparecido de los establecimientos los ejemplares más suculentos, destinados a la venta en línea, y se ha sacrificado el contacto directo entre librero y lector. Por si fuera poco, ahora sufren la competencia de librerías sin alma que ofertan mercancía al peso como si fuesen tornillos o sandías. Supongo que pertenece al orden natural de las cosas en esta era de *outlets* y *low cost*.

Pienso en la suerte que correrán los libreros si finalmente se ven abocados a cerrar sus puertas. ¿Y los bibliófilos? ¿Quién dominará el arte de regalar libros? ¿Y qué será de los editores en tiempos de auto edición? ¿Se verán reducidos meros ejecutores de un clic en su ordenador para hacerse con sus objetos de deseo? Tal vez alguno de ustedes sienta la tentación de recordarme la maravillosa historia de amor epistolar entre **Anne Bancroft** y **Anthony Hopkins** en *La carta final* (84 *Charing Cross Road*). Pero esa situación sería inverosímil en estos días en los que ya nadie escribe cartas. Y supongo que no serán tan ingenuos como para pensar que un correo electrónico y una carta son medios diferentes para un mismo fin.

Por último, de concretarse la distopía de los agoreros del libro impreso tendríamos la coartada perfecta para deshacernos de las bibliotecas. En el caso de las grandes bibliotecas públicas esta consernatadora posibilidad es, de momento, un delirio. Sin embargo, en lo que se refiere a las bibliotecas particulares y al deseo de disponer de un espacio a salvo de todo menos de uno mismo, «un cuarto propio y con pestillo», como recomendaba **Virginia Woolf** a las mujeres a finales de los años veinte, tenemos más motivos para la preocupación. Apenas sé de jóvenes con el ánimo necesario para construir una biblioteca personal. Las distracciones

electrónicas han absorbido buena parte de su tiempo fuera de las aulas, incorporándolos a un ritmo de vida febril poco indicado para grandes esfuerzos de concentración.

Y es que una biblioteca tiene sus propias reglas. La fundamental, el gusto por la soledad con libros, implica dos pasiones, por el silencio y por los objetos, ambas claramente en horas bajas. En *Viaje alrededor de mi habitación*, **Xabier de Maistre** se preguntaba si habría una «persona tan mísera, tan abandonada, que no disponga ni de un rincón donde poder retirarse y permanecer escondida de todo el mundo». Una habitación propia; no se necesita nada más para emprender el viaje: «Siento en mi alma una satisfacción inefable al pensar en el sinfín de desgraciados a quienes ofrezco un recurso seguro contra el tedio y un lenitivo para las penas que sufren. El placer que uno halla en viajar por su habitación está libre de la inquietante envidia de los hombres; es independiente de la fortuna». «Libre de la inquietante envidia de los hombres» e «independiente de la fortuna», el placer de viajar entre las redes de una biblioteca corre el peligro de ser visto como un sacrificio sin gracia comparado con el frenesí digital. No es posible dudar de que, confrontados a la vida nerviosa que proporciona el mundo virtual, los libros, que demandan atención y retiro, llevan las de perder.

Los portavoces del sentido común afirman que el futuro inmediato pasa por la convivencia de lo digital y el papel. No lo cuestiono, pero me temo que esta simbiosis encierra la destrucción de un mundo que giraba en torno al libro. Darnton ha resumido la esencia de este mundo: «Presenciamos una era de desaparición de objetos familiares: la máquina de escribir, relegada anticuarios; las postales, una mera curiosidad; la carta manuscrita, además de las capacidades de la mayoría de los jóvenes, incapaces de escribir en letra cursiva; el periódico diario, extinguido en muchas ciudades; la librería local, substituida por redes, amenazadas a su vez por distribuidores *on-line* como Amazon».

Y no sólo corre el riesgo de ser rebasada una cultura forjada en torno al libro físico, sino también una forma de leer, un asunto crucial, ya que la cuestión de la lectura nunca se ha reducido a qué leer, sino a cómo. «*Pro captu lectoris habent sua fata libelli*»: según la capacidad del lector, los libros tienen su destino, escribió **Terenciano Mauro**. Pero el destino de los libros depende también de su formato. Por más que lo pienso, no encuentro ninguna razón para creer que los dispositivos electrónicos inviten a lecturas reposadas o profundas: sucede más bien todo lo contrario.

En cuanto a la enorme capacidad de almacenamiento del libro electrónico, mi escepticismo es absoluto. **Jean-Claude Carrière** recordaba que los aristócratas del XVIII viajaban con parte de sus bibliotecas, treinta o cuarenta ejemplares, lo que les obligaba a ser selectivos. Ahora «podemos almacenar en un lápiz de memoria la Biblioteca de Alejandría, pero no estoy seguro de que esa indiscriminación suponga un avance». Tampoco yo; es más, lejos de considerarlo un avance, pienso que es un retroceso.

«¿Fetichista? ¡Un reaccionario de cuidado es lo que usted es!», exclamará, amable lector, con toda la razón. Concedido, qué le vamos a hacer. Mientras pueda, seguiré a remolque de una civilización crecientemente digital, comprando libros, tejeándolos, estampándoles mi *ex libris* y emocionándome cada vez que hallo alguna *marginalia* de un antiguo propietario. Puedo vivir en un mundo sin Internet, pero no en uno sin libros.

A la chita callando el teclado nos hurtó el placer de escribir a mano y las pantallas el de leer sin que lo hayamos lamentado demasiado. En *Le paysan de Paris*, **Louis Aragon** predijo que los bebedores de imágenes serían encerrados en cámaras de espejos. Hoy, los bebedores de imágenes han encerrado el mundo en una máquina y les ha parecido, como siempre, el progreso definitivo.



e s p a c i o

A QUEMARROPA

Por Jesús Palacios

Ayer la jornada comenzó con aromas colombianos, pero no de café ni de otros polvos de mala fama, sino de pura historieta, gracias a la presentación de los trabajos más recientes de **José CampoH**, creador de Calicomix, el festival de cómic de la ciudad de Cali, quien además de haber convertido este evento en punto álgido y encuentro indispensable para los amantes de la narración gráfica no sólo de Colombia sino de todo el ámbito latinoamericano e internacional, no deja de ser él mismo un creador por derecho propio. En conversación con Ángel de la Calle, CampoH insistió en la necesidad de crear un cómic colombiano ligado a su historia y realidad, que llegue también hasta las minorías y comunidades indígenas o de origen africano que rara vez, si alguna, son representadas en la narrativa dibujada, creando proyectos como *Mientras la ciudad duerme*, en el que varios artistas escriben e ilustran historietas que se desarrollan en las principales ciudades colombianas, y que partió del laboratorio de imagen sobre Cali, bautizado *Cali ilustra*, obteniendo merecido impacto. CampoH, con quien hablar de cómic es también —como señaló De la Calle— hablar de política, se mostró optimista con el crecimiento del medio en su país, donde gracias a la labor de artistas, editores y escritores como **Mario Mendoza**, **Pablo Guerrero** o **André Díaz** se está convirtiendo en necesario cronista de la memoria del pueblo colombiano, así como en feroz medio de crítica social para los caricaturistas que, por fin, se atreven y pueden abordar temas como la corrupción política. Pero CampoH insistió al tiempo en que Calicomix representa también una fiesta de la cultura y la creación gráficas, expresando su deseo de contribuir a construir una red de festivales dedicados al medio en Hispanoamérica, agradeciendo a la SN haberle puesto en contacto con otros creadores y gestores con el mismo empeño. Finalmente, este entrañable guerrillero gráfico obsequió a los asistentes a su presentación y firma con una colección de espléndidas postales editadas por su festival, dejándonos no sólo buen recuerdo sino el convencimiento de que volveremos a verle en años venideros.

La tarde siguió en la línea más gráfica, reuniendo insólitamente a tres miembros del propio equipo de la Semana, el intérprete y traductor **Óscar Iglesias** y los melencidos y a pesar de ello eruditos comiqueiros **Roberto Noya** y **Norman Fernández**, en aguda y cómplice conversación para presentar, precisamente, *Coversación*, álbum de cómic creado por el primero en colaboración con la también gallega **Inés Casarejos**, extensión de sus ya conocidos *Pictodiaros* que saltan así de la vida virtual al papel impreso. Como donde hay confianza da asco, los tres amigos se insultaron, elogiaron y divirtieron al tiempo que, a lo sonsino, se hablaba de meta-meta-meta-ficción,

de tebeos con tanto humor como compromiso político y social, de cómic autobiográfico y auto-ficción, de camisetas impresentables —como la que ostentaba el propio Óscar—, de **Raymond Queneau** y **Oulipo**, de la excelente situación de la historieta en Galicia y de cómo el Espacio AQ se había quedado sin nadie a su cuidado ya que todo el personal del mismo se hallaba en la mesa debatiendo. Dado que *Conversación* se agotó nada más terminar la charla, propongo desde aquí que un año de estos la SN se preste a publicar y regalar a sus fieles ésta o alguna otra obra de Óscar Iglesias, en pago simbólico a los muchos y variados servicios que en ella desempeña. Queda dicho. Aunque justo después llegó otro miembro de la hermandad del tebeo, ni más ni menos que **Pepe Gálvez**, resulta que vino con una novela y con su autora, **Joanna Gustawsson**, que no, no es escritora de novela negra sueca ni noruega, sino francesa de origen español y casada con un sueco (¡toma ya!). Vinieron a presentarnos la novela *Block 46* (Navona), *thriller* con asesino psicópata en serie pero muy seria, ya que su escenario no es otro que el campo de concentración de Buchenwald, lugar de espanto que forma parte del propio pasado personal de **Joanna Lagunas** —señora de Gustawsson—, pues su abuelo conoció los horrores del internamiento en el mismo durante la segunda guerra mundial, cuando fuera capturado como miembro de la Resistencia. El libro dio para que Gálvez y la autora reflexionaran sobre la cosificación de la víctima, procedimiento común tanto a la deshumanización sistemática de los prisioneros del campo de trabajo nazi como a la mentalidad sociopática del asesino en serie, haciendo que uno recordara al fantástico y terrible **Peter O'Toole** de *La noche de los generales*.

Tras evocar aquella siniestra *banalidad del mal* que tan brillantemente definiera **Hannah Arendt**, seguimos en el terreno de la novela criminal, pero ahora con un toque de esperpento nostálgico nacional, con la presentación de la novela *De otro lugar* (ADN) de Óscar Montoya, que glosó atinadamente el veterano en estas y otras lides **Alejandro Gallo**. Como explicó éste último, a menudo a la novela negra española le falta humor, por lo que hay que celebrar que el libro de Montoya no sólo enganche por la intriga o el suspense, sino sobre todo por sus chascarrillos, su divertida evocación de la España ochentera de la Transición y su protagonista, el inspector Antonio Tojeira, fan de la parapsicología, los ovnis y del añorado Dr. **Jiménez del Oso**. Virtudes todas por las que Gallo pudo prometer y prometió que presentaría la candidatura de *De otro lugar* al Premio Silverio Cañada a la mejor primera novela negra publicada el año próximo.

Las dos siguientes actividades, a partir ya de las ocho de la tarde, contaron de nuevo con la presencia de Pe-

pe Gálvez —que aquí, cuando uno se presta y se deja, lo aprovechamos a quemarropa—, quien primero presentó, acompañado por su colega y amigo Ángel de la Calle (daba gusto ver a estos dos monstruos de la historieta nacional juntos pero no revueltos), su nuevo álbum como guionista, *Llegará el invierno* (Navona), ilustrado por Alfons López —quien finalmente no pudo estar presente—, donde retoma a los personajes que creara hace veinticinco años en su obra *Asesinato en la mezquita*, publicada en su día por la ONG SOS Racismo (algo se ironizó algo acerca de la situación del cómic en aquellos tiempos), que vuelven a encontrarse ahora en una trama de explotación sexual, cuyo idear original se remonta a la aparición de su primera parte, pero que nunca pudieron plasmar hasta hoy. Una historia negra y de rotunda carga social que, sin embargo, hace hincapié también en la amistad y la lealtad, lo que llevó a De la Calle a recordar el *Reencuentro* de **Lawrence Kasdan** y a Pepe Gálvez a abogar por la esperanza incluso en tiempos poco propicios a la cultura y un tanto oscuros. Y es que este hombre es un pedazo de pan. Es tan bueno que corrió a toda velocidad después de firmar su álbum, para sumarse de nuevo a la mesa en la que ya se encontraban Norman Fernández —su cómplice habitual en la Semana— y la escritora **Marta Sanz**, para presentar el libro de esta última *Retablo*, proyecto ilustrado fruto también del empeño del editor **Juan Casamayor** de Páginas de Espuma, cuya espectacular parte gráfica corre a cargo del siempre brillante **Fernando Vicente**, quien se encarga aquí no de ilustrar simplemente los dos relatos de la autora que forman el volumen, sino en verdad de reinterpretarlos gráficamente, aportando una nueva visión personal que llegó a sorprender a su propia autora, descubriéndole cosas que no había visto en ellos.

La noche finalizó, como los buenos *westerns*, con un duelo mano a mano entre la narradora mexicana **Elpidia García Delgado**, con su libro de cuentos negros y con sabor a corrido norteamericano *Dedos fríos*, y **Ricardo Viguera**, español y mexicano de adopción, autor ni más ni menos que de una *Breve introducción a la novela policiaca latina*, pero que aquí estaba en calidad de participante, junto a la propia Elpidia, en la antología *Desierto en escarlata* (Nitro/Press), que reúne cuentos criminales que tienen Ciudad Juárez como escenario. Un duelo al sol del crepúsculo que, como viene a ser costumbre de la SN, consistió en que cada uno de ellos presentara al otro y en lugar de liarse con la balasera, se dieran cariñosos achuchones metafóricos, por mucho que el tema de sus cuentos fuera más negro que la laguna del guachinango ese. Y con ecos de narco-corridos nos fuimos a casa, a escribir estas filas, digo líneas, y ponernos ciegos de coca... cola, claro.



Pepe Gálvez y Marta Sanz.



Norman Fernández, Óscar Iglesias y Roberto Noya.



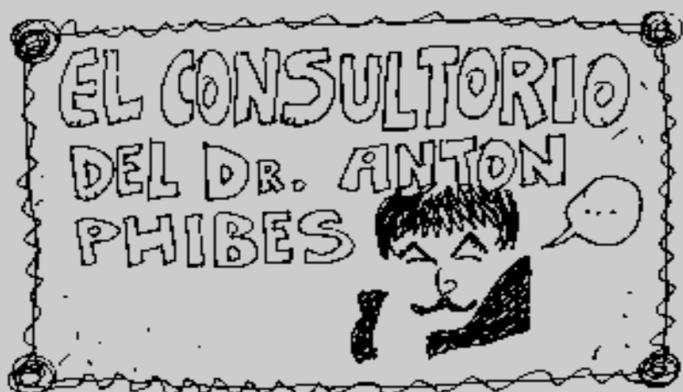
Pepe Gálvez y su *Llegará el invierno*.



Ricardo Viguera y Elpidia García Delgado.



José CampoH.



Los olvidados

Sección coordinada por Jesús Palacios

Sr. Funes:

Le noto francamente angustiado en su atenta carta y lo cierto es que no le faltan motivos. Me pregunta usted si los centenares de escritores que pasan estos días por la Semana Negra (poetas, novelistas, narradores de géneros, subgéneros y metagéneros literarios infinitos) conocerán la fama póstuma y si cabe la posibilidad que sean recordados todos, poco o mucho, por la posteridad. Me pregunta, con un punto de pavor, si es posible que algunos de entre los que hoy venden miles de ejemplares de sus libros (o de su libro) lleguen en un futuro más o menos próximo a ser olvidados por completo. La respuesta, para su mayor tranquilidad, es sí. Sin duda, sin vacilación, querido Funes, le respondo que no uno ni dos, sino posiblemente muchos, caerán en cuestión de décadas, años e incluso puede que meses en el más completo olvido, salvo por unos cuantos fieles, en el mejor de los casos. Esto, que es fenómeno universal, tiene en

este país mío de adopción, llamado España, más calado, porque somos una nación —o varias, al gusto— desmemoriada y con pocas ganas de recuerdos, buenos, malos o regulares. Porque ejercitar la memoria no deja de ser reflexionar, pensar, esforzarse y con estos veranos soleados y estos calores, ¿para qué va uno a ponerse a pensar!

Por no salimos de la negritud de esta Semana... ¿Quién recuerda a **Tomás Salvador**, autor de novelas negro-realistas fatalistas y sociales como *Los ladrones*, pero también de *thrillers* políticos, aventuras de ciencia-ficción y, como algunos de nuestros mejores autores del género, policía de profesión? Yo se lo diré: nadie, como pocos recuerdan la espléndida versión cinematográfica que rodara **Rovira-Beleta** de, precisamente, *Los ladrones*. Ignoro Sr. Funes si es usted joven, viejoven o incluso *millennial*, por lo que no tengo idea de si le resultará familiar el nombre de **Alberto Vázquez-Figueroa**. A muchos no les sue-

na de nada hoy y les sonará menos mañana, pero fue durante los años de la Transición el autor más vendido de este país, con novelas de aventuras internacionales, de temas candentes y relevantes (dictaduras latinoamericanas, tráfico de seres humanos, historias de piratas y conquistadores, biografías de aventureros famosos, espionaje y política/ficción...) llevadas al cine por directores como **Richard Fleischer** o **Antonio Isasi-Isasmendi** (pero de qué le estoy hablando, pensará usted, claro), y hombre de aspecto atractivo que arrastraba multitudes de lectores y, especialmente, lectoras a sus charlas y firmas. Pues bien, hoy casi nadie le recuerda o lee. Una excepción sería **Manuel Vázquez Montalbán**, y no seré yo quien lo niegue, pero para que se le recuerde hay que hacer campaña con su nombre cada pocos años, reeditar sus libros a lo bestia, convertirlos en buenos tebeos como hace el amigo **Hernán Migoya** y, en definitiva, explotarlos comercialmente, que es lo único que activa y mantiene la memoria. Pero vea: a su sombra se olvidan coetáneos como **Manuel de Pedrolo** o **Jaume Fuster**, bien dignos de crédito y mérito. Así que, amigo Funes: *vanitas vanitatis, tempus fugit, o tempora o mores* y demás latinajos al uso que podríamos traducir por *si te he visto no me acuerdo*. El destino de todo libro es el olvido, lo que debería hacer reflexionar a más de un autor en tiempos de Internet, o sea, de fama y olvido instantáneos. Pero lo curioso es que el ser humano se olvida del olvido y no recuerda que, igual que ha olvidado a quienes le precedieron, se perderá también en el olvido. En fin, ya ni me acuerdo de qué iba esto, Sr... Sr... ¿cómo dijo que se llamaba?

Hasta... ¿mañana?

La penúltima de Teobaldo

Agujeros negros

La física parece la última frontera. Presuntamente dominado este planeta que tanto nos aguanta, exploramos con telescopio o con microscopio. El profesor **Enrique Fernández** intentó que entendiéramos eso de los agujeros negros, una concentración de tal potencia gravitatoria que engulle energía y materia en un vórtice difícilmente comprensible para los humanos corrientes.

Como tampoco somos capaces de comprender el agujero negro de las conciencias machistas, que han generado más muertes que el más cruel de los terroris-

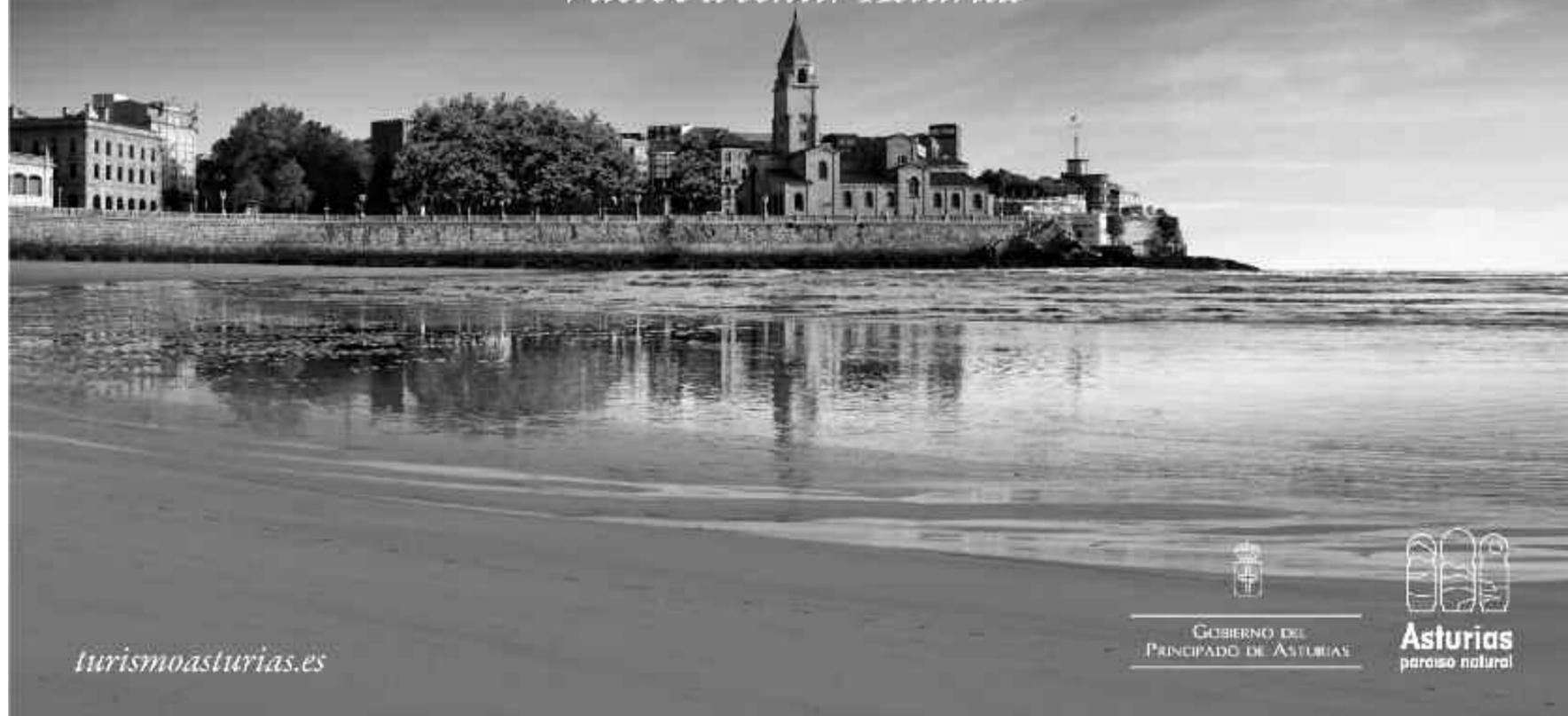
mos. La Universidad participa en la Semana, haciendo lo que puede para que usemos de vez en cuando el cerebro. Unos días atrás nos habló la doctora **Socorro Suárez Lafuente**, pionera en implantar en Oviedo las miradas de género en los estudios. Anda a pique de retirarse, así que resulta conveniente aprovechar estas últimas oportunidades de escucharla.

Nos hace buena falta, como vacuna contra manadas y energúmenos que pretenden curar la homosexualidad a hostias. Y uso el término en sus dos populares significados. Otra profesora asturiana se ha visto en los juzgados por desarrollar en Navarra el magnífico programa escolar «Skolae, creciendo en Igualdad». **Marian Moreno** compareció ante los togados por un trabajo que ha sido premiado por la Unesco. Se escandalizan las columnas navarras de que hable a la infancia de diferentes formas de amar. Esa edad asume las cosas con más naturalidad, nada más que vean la foto de nuestro recinto ferial: El tren de la alegría, antaño de la bruja, opera con un ciudadano travestido de flamenca sin que nadie se nadie se rasgue las vestiduras.



Vuelve al PARAÍSO

Vuelve a sentir Asturias

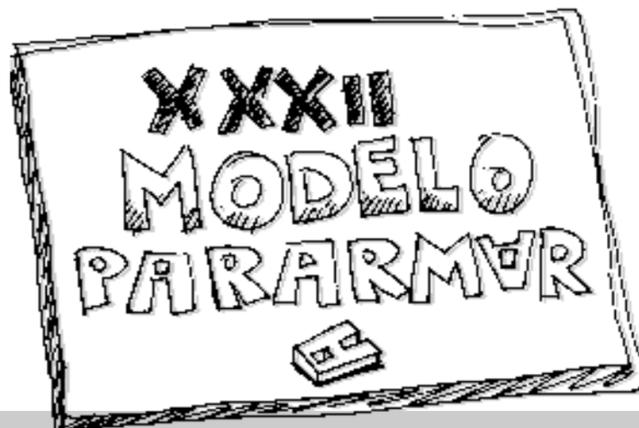


PROGRAMA

miércoles 10

- 11.00** Inicio de la distribución gratuita del número 6 de *A Quemarropa*.
- 17.00** Apertura del recinto de la Semana Negra. Feria del Libro. Mercadillo interétnico. Terrazas. Atracciones de feria.
- Apertura de exposiciones:
- *Back to black*. Víctor Santos (Carpa de Exposiciones).
 - #404 *Comunicación popular* (Carpa del Encuentro).
- 18.00** (Carpa del Encuentro). Presentación de la colección Delito. Con **Marc Moreno, Jordi Dausá, Raquel Gómez Serrano** y **Susana Hernández**.
- 18.00** (Espacio A Quemarropa) Presentación *Cuando éramos Diosas. Estética de la resistencia de género* de **Susana Carro**. Con Norman Fernández y Rebeca Fernández Alonso.
- 18.00** (Carpa de La Palabra) Cuentacuentos. Con Merche Medina.
- 18.30** (CdE) Presentación: *Virgenes y verdugos* de **Tomás Bárbulo**. Con Ángel de la Calle.
- 18.30** (EAQ) Presentación: *Los llazos coloraos* de **Alberto Vázquez García**. Con Ruma Barbero y Norman Fernández.
- 18.30** (CdLP) Presentación cruzada: *Cambio de rasante* de **Jimena Terra** y *Óxido* de **Carlos Segovia**.
- 19.00** (CdE) Presentación: *La manipulación del Lenguaje* de **Nicolás Sartorius**. Con José Manuel Zapico. Colabora Fundación Juan Muñoz Zapico.
- 19.00** (EAQ) Presentación: *Victoria* de **Rafa Marín**. Con Elia Barceló.
- 19.00** (CdLP) Aula SN. Charla: *Siguiendo la pista de un accidente de trabajo: dominación e inmigración en el campo murciano* por **Andrés Pedreño**. Con Rubén Vega. Colabora el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Proyección Internacional de la Universidad de Oviedo.
- 19.30** (CdE) Presentación: *El eco de la piel* de **Elia Barceló**. Con Pilar Sánchez Vicente. (Aula de Cultura El Comercio).
- 19.30** (EAQ) Presentación: *La mirada ausente* de **Julio Castejón** (Asfalto). Con Roberto Gómez.
- 20.00** (CdE) Presentación: *Llegó del mar* de **Milos Urban**. Con Stanislav Skoda.
- 20.00** (EAQ) Presentación: *Tras la máscara de la inocencia* de **Javier Vallejo**. Con Nacho S. Álvarez.
- 20.00** (CdLP) Mesa redonda: *El futuro del campo asturiano: hacia un pacto entre lo urbano y lo rural*. Con **Alba Álvarez, Jaime Izquierdo, Rosa Rodríguez, Alejandro Calvo**.
- 20.30** (EAQ) Presentación: *Los miércoles salvajes* de **Susana Hernández**. Con Elia Barceló.
- 20.45** (CdE) Presentación: *Monstruos y centauras* de **Marta Sanz**. Con Ana González.
- 21.00** (EAQ) *Charlando con Rafa Marín: de Héroes Modernos (y Clásicos igual de Modernos)*. Participan: Rafa González, José Manuel Estébanez y Germán Menéndez.
- 21.00** (CdLP) Presentación: Revista Formientu. Con Diego Solís y Elena Menéndez.
- 21.15** (CdE) Mesa redonda: *Historias Negras, historias blancas: la música rock*. Con **Julio Castejón, Michael Lee Wolf, Sandra Lusquiños** y **Héctor Tuya**. Modera Roberto Gómez.
- 22.30** Concierto en el escenario central:

O'FUNK'ILLO



EL DIRECTOR DE AQ RECOMIENDA

Me hace llegar esto la gente de Tiempo de Cerezas, uno de los stands de la Calle de las Librerías, que reconocerán por el merchandising republicano que en él se vende. Me piden por favor que lo saquemos en el periodiquín. A mí me gusta satisfacer ruegos y solicitudes, así que allá va:

Los LIBROS...

Los libros tenemos amigos,
nuestros lectores,
por eso cuidamos vivos.

Algunos dicen: "el libro se acaba,
no tiene futuro"

Nosotros, los libros, decimos:
"estamos vivos, seguimos ocupando
nuestro espacio que siempre hemos
tenido. ¿Qué importa si somos
de papel o de electrolitos. De
una u otra forma estaremos vivos!"

¿Quieres tener nuevos amigos?
Elege un libro a tu gusto, léelo,
descubre lo que dice, tu vida sepe-
zará a cambiar, a mejor,
a ver cosas nuevas,
Cuando a veces de leerlo, has circun-
dado de unos u otros u otros.
Nosotros los libros, no queremos es-
tar quietos, fijos en los estantes de adobe
todo lo contrario.

Queremos hacer nuevos amigos,
que nos lean,
y así se da, todos nuestros lectores,
un poco más libres, más felices,
y, en definitiva, más humanos.
¡¡¡ Feliz lectura!!!

¡¡¡ Tiempo de Cerezas
P.D. Algunos veníamos me
han preguntado ¿qué es
el "sevanet"?
Contado: la futura novela
de la Semana Negra

PROGRAMA ALTERNATIVO

Kamtzaka

20:00 h. Recital poesía + Micro abierto
Candela de las Heras, Estefanía Cabello, Ana Lamela
y Antía Eseuve.

